

Jordana Vivir con fe, morir en cumplimiento

A Ñigo Gómez-Jordana Moya, nieto del general y ministro

Gómez-Jordana Sousa, Francisco

Madrid, 1876-San Sebastián, 1944

Conde de Jordana (título que le fuera concedido, en 1926, por el rey Alfonso XIII). Militar, diplomático y estadista. Hijo del teniente general Francisco Gómez Jordana, alto comisario en Marruecos (1915-18), siguió los pasos de su padre, diez años después de la muerte de él con idéntico rango y cargo (1928-31). Civilizó los modos militaristas de la denominada «Junta Técnica del Estado» en plena Guerra Civil, de cuya vicepresidencia se hizo cargo en enero de 1938 y, a la vez, era nombrado ministro de Asuntos Exteriores, mandatos concluidos en agosto de 1939. Su figura alcanzará la máxima relevancia en el quinto Gobierno de Franco, al serle confiada, nuevamente, la cartera de Asuntos Exteriores (septiembre de 1942-agosto de 1944), época crítica en la que consiguió evitar la entrada de España en la conflagración mundial o su invasión por ejércitos extranjeros, lo cual hubiera impuesto severas penalidades al país, muy lejos todavía de haber superado las secuelas de la contienda civil.

Tiempos de educación castrense y preparación como jefe de Estado Mayor

Con dieciséis años ingresó en la Academia de Infantería. Se graduó, como segundo teniente, en la promoción de 1895. Tiempos de guerra en Ultramar. El joven Gómez-Jordana pasó con buenas notas los exámenes antillanos, donde tantos se dejaron la vida o fracasaron. Fue herido de gravedad en el combate de Ganuza (abril de 1896) y recibió la Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo. Tres meses después, el 5 de julio, le es concedida otra Cruz del Mérito Militar por su valor en el combate de Zicarita, medalla esta pensionada. Capitán en 1901, decidió cursar estudios en la Escuela de Estado Mayor. En agosto de 1902, con veintiséis años, era uno de los más jóvenes y prometedores capitanes del Ejército, bien cualificado para la concepción de planes y la aplicación de tácticas. Marruecos, renovado destino para su progenitor, también lo fue para él. Ascendió con rapidez: comandante en mayo de 1911, año en el que es nombrado profesor en la Escuela Superior de Guerra; teniente coronel en marzo de 1912 y coronel en junio de 1915. Desde Melilla fue a Tetuán, donde su padre relevó (6 de julio 1915) al general Marina en la Alta Comisaría a raíz del asesinato de dos delegados raisunitas, Sidi Alkalay y El Garfati, como consecuencia de la conjura contra El Raisuni que tres oficiales de la Policía Indígena de Larache, confabulados con el bajá (gobernador) de Arcila,

Policía indígena

Fuerza creada por un Real Decreto del 31 de diciembre de 1909 para garantizar el orden público y mantener la paz entre las cabilas. En la práctica, por la naturaleza combativa de sus integrantes, se convirtieron en tropas de choque y, a tal extremo, que llegaron a constituir, junto con las Fuerzas de Regulares, el único ejército combatiente en Marruecos dada la bisoñez y deficiente instrucción de los reclutas españoles. Este hecho, que fue a más a partir de 1919, se convirtió en factor de grave desmoralización para las tropas

españolas. Los abusos cometidos —retrasos de cuatro meses en el cobro de sus pagas y tratos degradantes consentidos por algunos oficiales— sobre estos contingentes indígenas forzarían su casi masiva desertión en 1921.

Bajá

Proviene del árabe *bāšā*, a su vez derivado del turco *pāšā*, muy influenciado este por el persa *pādīšāh*, que es la raíz primigenia. En el imperio otomano se identificaba con quien asumía las funciones de gobernador y, en consecuencia, gozaba de amplios poderes militares y políticos. En el contexto administrativo del Protectorado español quedó limitado a la regiduría de las ciudades. En la práctica, los bajás eran alcaldes. Famosos fueron la mayoría de los que rigieron Tetuán, capital del Protectorado.

Dris Er Riffi, llevaron a cabo para escarnio del Ejército y ruptura del orden protectoral español, que el nuevo alto comisario logró recomponer en 1916. La experiencia comisarial fue fructífera para su formación. En Tetuán coincidió con los capitanes Antonio Aranda Mata, Juan Beigbeder Atienza y José Yrureta-Goyena, el comandante Carlos Castro Girona, el auditor Ángel Ruiz de la Fuente (futuro integrante del equipo de auditores del general Picaso, del que fue estrecho colaborador) y el teniente coronel Joaquín Fanjul Goñi. Aquel Estado Mayor del cual «Jordana hijo» (así se le conocía) fuera su cabeza rectora, fue el mejor Estado Mayor que jamás pasó por la Alta Comisaría. De tan coordinado y competente equipo salieron dos altos comisarios y ambos ministros de Asuntos Exteriores: Beigbeder y Gómez-Jordana. Uno de aquellos prometedores jefes, Carlos Castro Girona (cuyo hermano, Alberto, teniente coronel, estaba destinado en Ceuta), murió en Madrid de resultas de un duelo a pistola por motivos familiares no bien aclarados. Los cuatro restantes ascendieron a generales. Uno fue fusilado (Fanjul en 1936, tras sublevarse en Madrid) y otro laureado (Aranda, por su defensa de Oviedo en 1936). El fallecimiento de su padre, fulminado por una angina de pecho aquel 18 de noviembre de 1918, cuando se disponía a firmar en su despacho un extenso memorial dirigido al conde de Romanones, jefe del Gobierno, le avisó de las trágicas consecuencias de volcarse en tareas tan exigentes como la responsabilidad de uno mismo frente a las irresponsabilidades de tantos, indiferentes al daño impuesto a quien actúa con nobleza, método y rigor. La muerte fue tan súbita que la firma de Gómez Jordana, partida por su mitad, así quedó en el papel. La muerte del general Gómez Jordana provocó un prolongado vacío de poder en Marruecos. Personalidad irremplazable por sus prudencias y saberes, la elección recayó (25 de enero de 1919) en el general Dámaso Berenguer Fusté. El nuevo alto comisario nada se demoró en renovar a Jordana hijo, en su puesto como jefe del Estado Mayor. Dadas las fratricidas realidades agazapadas en el Marruecos tribal; carente el sultán (Muley Yussef) de funciones y, por ende, de iniciativas; sometido el país a las arbitrariedades francesas, a su vez pendientes de los desaciertos españoles ante un Rif en rebeldía y una Yebala cainita, la labor de Jordana en Tetuán mitigó no pocos daños y consecuencias antes de que se manifestaran. Cuando el viaje del ministro Eza a Marruecos (del 9 al 20 de julio de 1920), Jordana (de ahora en adelante) fue el guía didáctico en apoyo de la paciencia de Berenguer. Eza preguntaba obviedades, que implicaban respuestas no menos obvias. Eza solo mostró capacidad de iniciativa al ser testigo, en Melilla, del pésimo estado sanitario del principal hospital de la plaza y reclamar las debidas mejoras, que fueron cumplidas parcialmente. En el Rif, comprendió Jordana la carismática influencia del coronel Morales entre las tribus y conoció las intenciones del general Silvestre. A la primera admiró y a las segundas temió. Por ese instinto que poseen los buenos oficiales de Estado Mayor. Sin embargo, dado que Berenguer compartía los propósitos de Silvestre para apoderarse de Axdir y de las tierras circundantes a la bahía de Alhucemas, apoyo refrendado, en Melilla y públicamente, tres meses antes de la visita de Eza, el coronel Jordana nada pudo hacer.

Planificar salvamentos de ejército, nación y Estado, que otros vetarán: Melilla, 1921

En aquella Orden General al Ejército de Operaciones, dictada el 6 de abril de 1921, Berenguer les decía a las tropas de Silvestre: «Recibid la más efusiva felicitación, que espero reiteraros pronto en la bahía de Alhucemas». Esas palabras del alto comisario anunciaban no ya

un ataque contra el Rif y en lugar concreto, sino un compromiso público, comprometiendo al Ejército, al Gobierno y a la imagen protectoral de España. Jordana tuvo que transigir con un desafío innecesario, contrario a su forma de proceder. Porque una cosa era desembarcar por sorpresa en aguas de Alhucemas y otra exponer tal intención a los cuatro vientos. Su difunto padre había concebido un excelente plan de desembarco en 1913 cuando era comandante general de Melilla. Se lo comunicó al general Luque, ministro de la Guerra y a Romanones. A ninguno se le ocurrió alardear de tal plan operativo. Estas imprudencias, mal llamadas *confianzas*, mucho debieron hacer sufrir a Jordana. Nada más conocer lo sucedido en Abarrán (1 de junio de 1921), supo que tales suficiencias, mortales de por sí, difuntas yacían. Enfrentado a los hechos de Annual, que sorprendieron a Berenguer en su campamento de Rokba el Gozal, en las montañas de los Beni Arós, cuando ya tenía a El Raisuni acorralado, lo que importaba era no solo salvar Melilla, sino también salvaguardar lo dominado en Yebala y el Garb para no provocar el naufragio del Protectorado. Las disposiciones que Jordana tomó en esas horas decisivas (22-23 de julio) evitaron ese riesgo evidente. Y lo que convino en denominarse «hundimiento de la Comandancia de Melilla» en su propio hueco abisal quedó.

En la Melilla trastornada por la muerte de Silvestre y la de su ejército, con los restos del mismo (la columna Navarro) atrapados en Arruit, Jordana se fortificó como hombre y militar. Rodeado de noticias contradictorias y cambios de conducta, escenario donde las ansiedades y urgencias, todo lo confundían, supo mantener su compostura y, en especial, *la cabeza fría*. Ante la perentoriedad de acudir en socorro de los hombres de Navarro o dejarles perecer en Arruit, Berenguer concibió un plan genial, modélico por su atrevimiento y planteamiento, en el cual influyó la mente lúcida de Jordana. Sencillo, preciso y desconcertante (para el enemigo), resultó serlo para dos ministros. Algo que jamás pudieron imaginar Berenguer ni Jordana. El plan planteaba el rescate de los cercados por medio de una acción anfibia en la Restinga (a unos veinte kilómetros en línea recta de Arruit), apoyada por la Escuadra, en simultaneidad con una *ofensiva general* lanzada desde Melilla hacia Nador, donde aún resistía su guarnición. Esa aparatosa «ofensiva» era un engaño; el desembarco, la acción resolutive, magistralmente concebida. Cuando los rifeños acudieran a sostener el frente melillense, la Escuadra, alejada en el horizonte, se presentaría en la Restinga y lanzaría una (o dos) brigadas de desembarco, con las que constituiría una cabeza de playa, desde la que se aproximarían a Monte Arruit; de allí saldrían los de Navarro y, juntos todos, reembarcarían bajo el amparo de los cañones de la flota. *Plan de Salvamento para dos ejércitos* —el sitiado y el que no veía cómo rescatarle— una nación angustiada, una institución amenazada y quien la presidía: España, la monarquía y Alfonso XIII. Cinco trascendencias salvadas en una sola maniobra de rescate. El binomio Berenguer-Jordana poco pedía: un acorazado, el *Alfonso XIII* (los simbolismos se acumulaban), sus buques de apoyo y, sobre todo, dos barcasas fondeadas en los muelles de Gibraltar. Eran las famosas «barcasas K», que los británicos habían usado, seis años antes, para desembarcar sus tropas en la península de Gallípoli y, tras perder allí la mitad de sus ejércitos (ciento noventa mil bajas), las habían utilizado en 1916 para reembarcar a los supervivientes. Esas barcasas las habían inspeccionado oficiales de Berenguer, se hallaban en perfecto estado y valían «trescientas mil pesetas las dos». Cada una podía embarcar quinientos hombres. Un batallón por viaje. Pero soldados como los australianos y neozelandeses, fornidos y con su armamento, no heridos ni famélicos y con fusiles rotos, que habrían tirado por ese camino hacia su salvación. En dos dobles viajes, los de Arruit a salvo. El 2 de agosto, Berenguer hizo su razonada petición al vizconde de Eza. Luis de Marichalar, iletrado como era en cuestiones tácticas, tardó en comprender. Su respuesta evasiva fue que

debía «consultarlo con el ministro de Marina», Joaquín Fernández Prida. Este, catedrático de Historia del Derecho Internacional, debería *saber algo* de límites institucionales y aguas jurisdiccionales ante toda realidad bélica. Probó no saber absolutamente nada de ambas cuestiones. Fernández Prida se negó a ordenar el alistamiento del *Alfonso XIII* y argumentó que «no veía la necesidad de comprar esas barcazas». Como si el dinero fuese suyo y no de la nación; como si aquellas barcazas solo sirvieran para transportar desechos y no vidas españolas con sus honores y respetos. Dos mil setecientos hombres (los que todavía estaban con vida en Arruit), condenados a perecer y sufrir espantosas muertes por un cretino y un pusilánime inepto. Porque Eza no se atrevió a imponerse a su *colega* de Gabinete. Esas trescientas mil pesetas suponían el 0,16% de los quinientos veinte millones de pesetas del presupuesto para Marruecos en el ejercicio de 1921. Y por trescientas mil pesetas que, a su vez, representaban el 3% de la lista anual del rey (nueve millones de pesetas), votada por las Cortes en esos mismos presupuestos, perderá España la fe en su Ejército, perderán dos mil setecientas familias a los suyos y la monarquía perderá la confianza del pueblo español. Por si no fueran bastantes pérdidas, Fernández Prida, en la demostración más hiriente de falta de inteligencia y humanidad que se conoce en la reciente historia de España, se atrevió a decirle a Eza que, en lugar del *Alfonso XIII* podría «enviarle un contralmirante». Y el señor vizconde, como cansino papagayo, se lo repitió a Berenguer, quien tuvo que soportar tal *proposición*. Por el archivo de Antonio Maura, que puso singular empeño en conocer *qué había pasado* en Marruecos y en España antes de él hacerse cargo de la presidencia del Consejo aquel 13 de agosto de 1921, cuatro días después de haber caído en bloque, inmolada y torturada, la columna Navarro en Monte Arruit tras rendir allí las armas a sus implacables vencedores (tribus de los Beni Bu Ifrur, Beni Bu Yahí y Metalza), que faltaron a su palabra de piedad y dieron bárbara muerte a los capitulados, sabemos cosas tan vergonzosas como impunes, que eran tremenda vergüenza añadida. Porque si al general Picasso se le prohibió «investigar las acciones y responsabilidades del alto mando», lo cual no fue óbice para que Berenguer fuese encausado en 1922 y condenado a la separación del servicio (habiendo sido el único defensor táctico de los sitiados en Arruit), nadie solicitó a las Cortes (Prieto planteó una recusación general del cesado Gobierno Allendesalazar, pero sin pruebas concluyentes) el suplicatorio para encausar a tan penosos personajes como el vizconde de Eza (Luis de Marichalar y Monreal) y Fernández Prida, oprobio de la clase política alfonsina. Bien es verdad que *los papeles Maura* eran secretos para los parlamentarios de 1921-1923. Y bajo *inaccesible secreto* siguieron hasta 1999. Jordana nunca olvidará los desastres políticos que condujeron a la tragedia de Arruit, ni las alocadas ansias de jefes como Cavalcanti, Riquelme y Zegrí, que pretendían rescatar a la columna Navarro por medio de «una columna mandada por todos ellos y la oficialidad superviviente con los soldados de los distintos Cuerpos, para socorrer a sus compañeros». Quimeras para un ejército sin instrucción e insuficiente equipo, moral naufragada y condenado a morir. Porque el *plan* consistía en romper el frente, llegar hasta Arruit y volver a Melilla con los *rescatados* que pudieran tenerse en pie. Al insistir Riquelme en ver de nuevo a Berenguer tras haber recibido una primera negativa, el alto comisario reclamó la presencia de Jordana y, tras exponerle el *proyecto* (que conocía), le solicitó un cálculo de bajas. Jordana contestó: «Unas mil quinientas». Jordana sabía que se quedaba *muy corto*. El plan Riquelme era un cántico legionario a la muerte: treinta y cinco kilómetros de avance en continuo combate, para replegarse por el mismo recorrido, sin mejor opción que la de dejarse matar para no sufrir más. Setenta kilómetros de agonía con triple enterramiento al final: aniquilación del *segundo ejército*, definitiva avalancha rifeña sobre Melilla con pérdida de la plaza, defunción del Protectorado.

En mayo de 1922 Jordana ascendió a general de brigada. Berenguer cesó en julio y el entendimiento con sus relevos en la Alta Comisaría no pasó de lo regular con Burguete, pero con Silvela quedó en lo irregular como hábito. De Silvela dejó Jordana un retrato demoledor: «Tuvo, por primera preocupación, lucir un flamante uniforme y emplear como símbolo de mando un bastón heredado de Narváez». Tras el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923, Jordana formó parte del Directorio Militar. Primo de Rivera confió siempre en él por su capacitación y honestidad. En el verano de 1924, al sumarse la rebeldía rifeña a la belicosidad de las tribus de Gomara, las posiciones españolas en el Lau se vieron sitiadas e incendiadas tras numantinas resistencias. El desastre anticipaba otros: la sublevación del Garb y Yebala, donde El Raisuni mantenía gran parte de su influencia. Avanzado el otoño, Xauen sitiada y Tetuán tiroteada desde el Gorgues, la certeza de otra retirada catastrófica apagó muchos ánimos. Aizpuru, el hasta entonces alto comisario, agotado, enfermo y desanimado, dimitió. El 16 de octubre, Primo de Rivera se hacía cargo de la Alta Comisaría. Si pudo afrontar tal desdoblamiento de sus funciones dictatoriales fue porque en Madrid dejaba al contralmirante Antonio Magaz y Pers, vicepresidente del Directorio, mientras que en Tetuán, frontera de la guerra, donde el Directorio se jugaba su vida política, a su lado seguía Jordana, que se convirtió, de hecho, en *vicealto comisario* sin dejar de ser general jefe del Estado Mayor. El emparejamiento Jordana-Primo de Rivera serenó al Ejército, por cuanto una cabeza dirigía y otra disponía las medidas precisas para que las órdenes tuvieran alcance y resolución. Así se pudo afrontar la retirada desde Xauen, soslayar una hecatombe entre Xeruta y Hámara, donde el ejército de (Alberto) Castro Girona estuvo cerca de resultar aniquilado (18-19 de noviembre de 1924), pero logró llegar hasta Ben Karrich, antepuerta de Tetuán, donde la línea de resistencia española se endureció. Y las harcas rifeño-yebalíes de ahí no pasaron. En febrero de 1925 Jordana ascendió a general de división. De todos sus ascensos, fue el más trabajado porque méritos le sobraban. La España primorriverista se recuperaba con notoria dificultad. El Rif Libre alcanzaba el cénit de su fuerza. La Francia de Lyautey, que aún temía el desplome español, adelantó sus líneas y reforzó sus posiciones en el Uarga, divisoria entre ambos Protectorados. Abd el-Krim, molesto por tan nimia amenaza, decidió adelantarse a Lyautey (cuando este en modo alguno pensaba atacarle) y envió contra él lo mejor de su ejército, al mando de su hermano Mhamed. Era el 11 de abril de 1925 y todo cambió en Marruecos. Siendo una guerra contra Francia, lo fue contra la razón estratégica y, por ende, contra el Rif mismo. La muralla francesa en el Uarga al suelo fue: cuarenta y cuatro de sus sesenta y seis posiciones quedaron arrasadas. La gran victoria rifeña abriría, paradójicamente, las puertas a su derrota. El error de Abd el-Krim reventó el equilibrio en el norte (favorable a rifeños y yebalíes); creó inenarrable angustia social en el Hexágono dada la magnitud de las pérdidas sufridas (11.419 bajas, de las que 3.860 eran muertos y desaparecidos); vigorizó el nacionalismo de los países musulmanes sometidos al poder colonial de Europa; movilizó una intensa corriente de adhesiones hacia el Rif Libre desde ideologías dispares en caótica mescolanza —republicanos franceses y monárquicos británicos, liberales y comunistas, demócratas y conservadores—, y lo en verdad decisivo, puso en pie a la Francia que venciera en Verdún: Philippe Pétain.

A sus sesenta y nueve años de entonces, el mariscal mantenía toda su lucidez y energía. Nada más llegar a Rabat (17 de julio) constató la mala fe de Lyautey al negarse a enlazar

Harca

Del árabe *haraka*, expedición militar, que deriva en la *hārka* del árabe dialectal marroquí, equivalente a «contingente movilizable» y, por extensión, tropas en marcha. Concebida para hacer frente a la agresión de una tribu vecina o impedir una invasión extranjera contra la patria común, su núcleo lo constituían todos los hombres capaces de combatir, por lo que

podían alinearse padres e hijos, incluso jóvenes abuelos (sesenta y cinco años) con sus nietos (de nueve a once años), que servían como correos (*raqqas*) llevándoles comida, mensajes, municiones y ungüentos medicinales. Cuando se agrupaban en grandes contingentes resultaban casi invencibles por su disciplina ante el fuego y feroz decisión en los choques hombre a

hombre. Su resistencia al cansancio no tenía igual y su puntería era mortífera. Guerra tras guerra, la tribu que proporcionaba más harqueños era Beni Urriagueta, la más poblada del Rif y la que aportaba mayor número de fusiles (movilizados con su propia arma, a veces cedida por un familiar o vecino). En la castellanización del concepto suele perder la *k*, sustituida por la *c*: harca.

con los españoles. La cartografía de la guerra en curso indicaba lo contrario: unirse a la España de Primo de Rivera para contraatacar al Rif de Abd el-Krim en sus puntos neurálgicos. La entrevista que Pétain mantuvo con Primo de Rivera en Tetuán (28 de julio) no pudo resultar más reveladora para el mariscal: el dictador español le puso ante un mapa velado. Al levantar la obstrucción, aparecía el objetivo: Alhucemas. *Allí es donde atacaremos*. Una operación anfibia a gran escala. Pétain quedó absorto ante la audacia española. Primo de Rivera le presentó al autor del plan: su general jefe del Estado Mayor. Jordana y Pétain se saludaron con sincera efusión. Por esos días se desarrollaban las sesiones de la Conferencia España-Francia, que presidía Jordana. El *Plan Jordana* recibiría significativas variaciones antes de verse cumplido: cambios en los objetivos señalados, pero conservándose el objetivo esencial, desembarcar en Alhucemas. El entramado logístico, meticulosa obra de Jordana, se mantuvo. Fue una suma de aciertos cuando se completaron. Aquel 8 de septiembre de 1925 el Rif Libre quedó sentenciado. El 1 de octubre, Axdir era tomada al asalto e incendiada. Por delante, ocho meses todavía de guerra sin perdón. Entre los que no recibieron compasión, los prisioneros españoles, sobre todo sus oficiales, de los que ni uno solo sobrevivió. Tampoco hubo piedad española al bombardear los zocos rifeños con bombas de iperita. Mujeres y niños perdieron la vida o sufrieron horribles quemaduras y mutilaciones. La degollina de españoles en Arruit servía de razón moral, sin ser causa justificada el bombardear a la población civil. La guerra, despiadada como todas, acabó el 27 de mayo de 1926, cuando Abd el-Krim se rindió a los franceses del coronel Corap en Snada (Rif Central), no lejos del Peñón de Vélez. Esta región era territorio protectoral español, pero ni Corap, que recibió la sumisión del vencido líder rifeño, ni el general Ibos, quien ordenase rendir honores al ex presidente de la República del Rif, consideraron necesario consultar a los españoles. Se limitaron a informarles del hecho. El silencio de las armas fue proclamado en Bab Taza (al este de Xauen). Sinceridad discursiva de Sanjurjo (10 de julio de 1927) al reconocer los méritos del adversario derrotado, a quien definiese como «una de las mejores infanterías del mundo» y subsiguiente arriado de las iras alzadas. Fue el inicio de la pacificación: desarme de las cabilas, atención a las familias, reconstrucción de poblados y convivencias. Resumido así, dos líneas de texto. Sobre el terreno de los hechos, nueve años de esfuerzos conjuntados, de comprensiones mutuas y tolerancias constantes de unos hacia otros. Entre el 5 y el 10 de octubre de 1927, Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia viajaron a Marruecos. Nunca habían ido juntos a lugar tan cercano ni tan martirizante para los lugareños y los visitantes, pues ambos sufrimientos persistieron en su crucificante igualdad. España y el norte de Marruecos se habían abrazado, a muerte, sin darse tregua ni perdón, durante dieciocho años. Extenuante tránsito. Mucho se había hecho esperar ese viaje regio. Si valió la pena o no, esto queda para los que decidieron acometer aquella visita tan demorada. Jordana fue parte de la comitiva. Los reyes de España fueron recibidos con entusiasmo (de las tropas españolas y sus aliados normarroquíes) y afectuoso alivio (de la población indígena), porque el respeto, sobre todo a la reina, asegura-

Zoco

Del árabe *sūq*, mercado. Centro neurálgico de la actividad económica y social. En los zocos (*aswāq*) no solo se compraban y vendían toda suerte de productos agrícolas y bienes avícolas o ganaderos sino que también se recibía información del mundo exterior. Según aquellas cabilas, que fuesen limítrofes entre sí, los zocos cubrían todos los días de la semana, incluso los viernes, día de comunes plegarias en la mezquita.

República del Rif

Desde los primeros días de su triunfo en Annual, Abd el-Krim fue consciente no solo del poder militar adquirido, sino de su obligación de certificarlo, ante España misma y Francia también, con pruebas escritas de su absoluto dominio político y moral sobre el conjunto de las tribus del Rif. De ahí que, en sus primeras comunicaciones oficiales, por carta y telegrama, reforzase la categoría de su núcleo de gobierno —constituido por miembros de su propia familia— como provenientes de *Al-Hukumat al-Rifiya*, el Gobierno Rifeño. El 1 de febrero de 1922, Abd el-Krim fue reconocido como emir (del árabe *al-amir* «el que ordena») del Rif, rango más

conveniente para sus relaciones con los jefes (*chiuj*) de las cabilas. Por entonces también utilizaba la expresión *Dawlat Rifiya*, Estado del Rif. Finalmente, el 1 de julio de 1923 era proclamada, en Axdir, la *Al-Yumhuriyat ar-Rifiya* o República del Rif. Su apogeo estaba cercano: trágicas retiradas españolas en 1924 y ruptura, en 1925, de las líneas francesas en el Uarga, seguida de un audaz envolvimiento, maniobra con la que amenazó a Fez y Taza. Su final llegó el 27 de mayo de 1926, en Snada (Rif Central), Abd el-Krim, al frente de su familia y más allegados rendía su gobierno, no su combate ideológico, ante los franceses del coronel Corap.

do esta lo tenía. Había querido ir a Marruecos en 1924, para ver en cuanto podía ayudar a heridos, inválidos, enfermos, viudas y huérfanos. No se lo consintió *palacio mismo*. No quería ir el rey, pues nadie iba. Duros tiempos para ser reina y más siéndolo de España. En el transcurso de la visita, el rey recorrió parte de la llamada «senda de los prisioneros» (cerca de Axdir), subió hasta el Izzumar, puerto del desastre y, de camino hacia Melilla, se detuvo ante la Cruz de Arruit, «donde oró unos minutos» en el resumen periodístico de aquella escena. Jordana llevaba seis años rezando ante esa cruz sin estar delante de ella. Solo él sabía cómo pudo haberse evitado su brusca aparición y por qué surgía allí: piadosa, intacta y acusadora a la vez.

Volver donde el padre un día muriera, salir de la cárcel donde nunca él entrar debiera

El final de las campañas de Marruecos liberó a España de una ansiedad bélica que duraba veinte años. A Jordana, todavía entero pese al trabajo agotador de los últimos tres años, le pareció casi un *permiso de boda*. Alfonso XIII le había hecho conde de Jordana (19 de julio de 1926), distinción con la que se consideró muy honrado, sin por eso engrandecer sus méritos. Tras regir la Dirección General de Marruecos y Colonias, se decidió por entrar en política. Y fue asambleísta (por la Asamblea Nacional Consultiva, remedo del original francés) en el *Congreso de los Ex Diputados*. De tareas tan sin nervio como sin futuro le sacó Primo de Rivera para confiarle la Alta Comisaría. Emotivo momento fue el de tomar posesión (8 octubre de 1928) donde su padre falleciera diez años atrás. En noviembre le ascendían a teniente general. Ni la categoría de su rango ni la responsabilidad inherente al mismo le transformaron. Jordana siguió siendo ese militar bien educado, muy recto en exigencias, que trabajaba como el que más y vigilaba que los demás cumplieren a su vez. Mantuvo cordiales relaciones con Lucien Saint, residente general de Francia en Fez y con el teniente general sir Alexander Godley, gobernador de Gibraltar y veterano de Gallípoli, donde fue jefe del I y II Anzac Corps (Cuerpos de Ejército australneozelandeses), para serlo después (1919-1922) del Ejército de Ocupación en el Rhur. Las relaciones británicas irían a más llegados los tiempos oscuros en los que Alemania dejó de ser reina de los imperios sin perder furia ni dejar de repartir muertes. En Tetuán, no por trabajar en su despacho de la Alta Comisaría dejó Jordana de cavilar sobre aquellas misiones que consideraba básicas para el Marruecos norteño: las educativas, asistenciales y sanitarias. En tal sentido, incentivó la construcción de centros escolares y la formación del profesorado para las Escuelas Indígenas. Y en preventiva decisión suya, que aún hoy es desconocida, mostró su resuelto apoyo, tanto moral como económico, a la doctora María del Monte López Linares, especialista en ginecología y enfermedades de origen vírico, tales como la malaria, el cólera o las fiebres tifoideas. Esta santanderina eminente logró reducir, de forma significativa, los focos del paludismo pandémico en Marruecos, repartidos por Gomara y todo el Rif. Labor tan gratificante por las muchas vidas salvadas, como ingrata por los duros sacrificios asumidos. La doctora Del Monte tuvo a su lado dos enfermeras de categoría: Ramaha Ben Alí, su principal ayudante, y Gloria Herrero Díaz, su *tercera mano*. Estas tres mujeres ejemplares cumplieron una labor admirable. Jordana, consciente de ello, pudo anunciar, en 1929, a la doctora Del Monte que, para su consultorio en Tetuán, destinado a la atención de madres musulmanas y a sus hijos, el coste, íntegro, de los medicamentos expedidos por sus recetas, sería sufragado por la Alta Comisaría. Ese era Jordana. Y sin transición,

Residente general

Máximo representante de la República Francesa en su zona del Protectorado en Marruecos. Su titular ejercía como depositario de los poderes históricos y procedimentales de los gobiernos republicanos en la metrópoli. Su primer titular, desde 1912 a 1925, el general Hubert Lyautey —mariscal a partir de 1921—

ejercía la administración sobre el territorio; vigilaba la aplicación de las leyes, tanto las musulmanas como aquellas otras de origen galo que incidiesen en el conjunto de la población; regía el urbanismo de las grandes ciudades e impulsaba las obras públicas, supervisaba la educación pública y estimulaba el comercio; por último, era la cabeza

de *l'Armée Coloniale* —con amplia integración de las tropas marroquíes—, asegurando así la defensa del país. Representaba, adicionalmente, los intereses de Marruecos, forzosamente coincidentes con los de Francia, ante el mundo diplomático europeo.

como si treinta meses de mando en Tetuán no fuesen nada, hubo elecciones municipales en España. Que las perdió Alfonso XIII más que la monarquía. El exilio del rey cerraba el círculo iniciado en Monte Arruit. Jordana, monárquico sincero, sintió gran pesar ante esa marcha, huida infame para unos, crucifixión para otros, su particular sentimiento. Por eso mismo dimitió. Como alto comisario le sustituyó Sanjurjo (23 de abril de 1931), a quien Alfonso XIII hiciera marqués del Rif, mientras él hacía *méritos republicanos* en dos frenéticas jornadas (lunes 13 y martes 14 de abril), al acabar con todo atisbo de resistencia en quienes (generales Cavalcanti y López Pozas, más Juan de la Cierva) aconsejaban al rey que se mantuviera firme. Al retirarle Sanjurjo al rey la confianza de la Guardia Civil, de la que era su director general, todo concluyó. Jordana decidió acogerse a la Ley Azaña. Tenía cincuenta y cinco años. Se consideraba joven de cabeza (lo era) y de cuerpo (de este no). De improviso, el 2 de agosto de 1931 se vio detenido en su casa. Ante los suyos: «La impresión producida en la familia fue enorme, indescriptible, aunque todos tratasen de disimular su emoción». Así lo recordaría Jordana en sus inacabadas *Memorias*. Encarcelado, sufre «ochenta días de prisión preventiva». Puesto en libertad provisional, «bajo palabra de honor», de nuevo es detenido en su domicilio en la madrugada del 11 de agosto de 1932. Estas decisiones dimanaban de la conocida como «Comisión de Responsabilidades», constituida en marzo de 1932 y en la que primaba una interpretación genericista de la Justicia y con tal globalidad que la anulaba, incluso, la ridiculizaba al convertirla en una absurdidad planetaria. El propósito era «cumplir el Acta Acusatoria contra quien fue rey de España»; por la cual se consideraba «culpables de alta traición» a «los integrantes del Directorio Militar y a cuantos desempeñaron el cargo de ministro en los gobiernos del general Primo de Rivera desde diciembre de 1925 al 28 de enero de 1930». Para los imputados se pedían «veinte años de cárcel» y a la par, se exigía, de los Tribunales, «su inhabilitación absoluta y perpetua».

Exiliado Alfonso XIII y no reclamable; fallecido (en París) Primo de Rivera, pero enterrado en Jerez de la Frontera y no exhumable; *culpables* cuantos tuvieron tratos gubernativos con el dictador; fallecida quedó la Justicia de la República por imposibilidad de apresar a tanto *político ausente* y, en cambio, consentir la impunidad de *políticos difuminados*, que actuaron a traición contra la vida de los dos mil setecientos españoles sitiados en Arruit, con lo que atentaron contra la paz de la Nación y su crédito moral y social, como el 2 y el 3 de agosto de 1921 consintieron Joaquín Fernández Prida y Luis de Marichalar y Monreal, vizconde de Eza. Liberado, aunque muy afectado por lo padecido, Jordana recuperó tiempos de familia que parecían perdidos para siempre: reunió documentos de su padre y suyos; cuidó de su hija María Luisa Gómez-Jordana Prats (enferma de cáncer) cuanto pudo; educó a sus tres hijos (Francisco, Luis y Rafael) y veló por su otra hija (Pilar), la de menor edad. Sus desvelos familiares no le desviaron de su preocupación constante ante una España que gustaba deambular por el borde de los precipicios que se encontraba en su camino. En uno de ellos cayó España. Y con ella cayeron todos sus habitantes.

Ganar una guerra civil en España, sin hacer la guerra a otros españoles

Imposible ser neutral en un país como España y, encima, envuelto en guerra fratricida, Jordana decidió sumarse a los sublevados contra la República. No se trataba de devolver el golpe justiciero de 1932, sino de convicciones morales, entre ellas las religiosas. Y el respeto a una práctica diaria del orden y la dignidad, que siempre caracterizaron a los Jordana,

padre e hijo. Siendo hombre de guerra y de Estado Mayor, no estaba Jordana para mandar tropas a matar españoles y eso se lo dejó muy claro a Franco, incluso sin ponérselo por escrito. Las razones de Jordana eran convincentes; el puesto que le ofreció Franco, estimulante: sustituir al general Fidel Dávila en la presidencia de la «Junta Técnica del Estado», organismo que pretendía recuperar el aura de los Consejos de Ministros en tiempos alfonsinos, pero con un marchamo totalitarista sin por eso parecer «fascista». La pretensión resultó fallida. Jordana, al hacerse cargo de la cartera de Relaciones Exteriores, con su dominio de idiomas, su conocimiento del escenario internacional y su saber estar, logró darle a la tal *Junta* aspecto de *Gobierno natural*. En una palabra: *civilizó* el militarismo de los civiles que presidían las respectivas Comisiones o Secretarías. Jordana fue cordial, pero mantuvo las distancias con un incómodo aliado: el general Wilhelm von Faupel, que había sido jefe de los *Frei Korps* (milicias ultraderechistas). En cuanto a su reverso, Roberto Cantalupo, delegado de Mussolini, personalidad entusiasta y humanitaria, para quien todo cuanto enalteciera el brillo de las armas italianas bastaba para tenerle contento, la toma de Málaga (febrero de 1937), a la que siguiese una brutal represión de los nacionales, le tuvo *encandilado* a la vez que angustiado por los excesos de los que había sido testigo: el temor a que fueran achacados a los italianos, cuando él mismo había evitado numerosas ejecuciones. La demoledora derrota italiana en Guadalajara (marzo de 1937) supuso tal mazazo para el infortunado Cantalupo, en lo anímico para él y lo dañino para la imagen internacional del fascismo, que el conde Ciano tuvo que relevarle. Faupel prescindía de glorias e indultos, él buscaba *brillos bajo tierra*. A Faupel lo que le sucediera a los españoles, fuesen republicanos o nacionales, le traía sin cuidado. Lo que le importaba era lo que los españoles tenían debajo de sus pies. El subsuelo peninsular y el normarroquí. Sus riquezas ocultas: cinc, cobre, hierro, plomo, manganeso, wolframio. Los minerales de la guerra antigua y de la moderna también. La obsesión de Faupel era quedarse con cuantas minas españolas pudiera, incluso con las que estaban en posesión registral de consorcios británicos y franceses. La producción o titularidad de las setenta y tres minas seleccionadas serviría para pagar la deuda que España tenía contraída con Alemania y aumentaba mes a mes. Hitler y Franco podían cartearse e intercambiar felicitaciones, pero el segundo debía pagar al primero lo que le debía o esa amistad quedaría en cortante hielo. La deuda franquista alcanzaba la cifra de ciento cincuenta millones de marcos en 1937. En pesetas, una enormidad de imposible equiparación. Jordana decidió coger el toro minero por los cuernos. En dos días, 16 y 17 de julio de 1937, Jordana desactivó esa bomba deudora: los minerales españoles se enviarían a suelo alemán en garantía del pago; las verduras, frutas y cosechas vitivinícolas españolas, que tenían un precio muy superior al hierro y al plomo e interesaban mucho a los alemanes, servirían de aval bancario adjunto. Por último, España aceptaría pagar su deuda con un 4% anual de interés. Faupel, *general contable*, sonrió encantado. Jordana rezó para que en España lloviese sobre los campos riojanos y andaluces. Y así las familias alemanas comiesen y bebieran todo cuanto las españolas no catarían. Era injusto, pero más cruel sería para la España combatiente verse embargada y padecer mayores hambres. El que debe ser considerado primer Gobierno de Franco quedó constituido el 30 de enero de 1938. Quien actuaba como vicepresidente del mismo, por el rango de su cartera ministerial, Asuntos Exteriores, era Jordana. *El tercer hombre* era el ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Súñer, cuñado de Carmen Polo, esposa de Franco. Súñer, abogado falangista, empezaba con fuerza su carrera, proalemana y antifrancesa a la par: sus dos hermanos habían sido fusilados en Madrid, tras negarles su protección funcio-

narios de la embajada francesa. Estas ásperas visiones, enquistadas, de los horrores de la guerra, la compartían otros miembros del Gabinete: Fernández Cuesta (en Agricultura), Peña Boeuf (en Obras Públicas) y Severiano Martínez Anido (Orden Público), de ominosa memoria en la Barcelona sindicalista de preguerra (Ley de Fugas). Jordana tuvo que lidiar con esas pasiones y actuar como fiel de la balanza o el Gobierno moriría por sobredosis de odio. Sería su sino durante los siguientes seis años. Cambiarían los titulares de las carteras ministeriales, pero esa dicotomía autodestructiva para todo Estado, sea del signo que fuese, se mantuvo a lo largo de la Guerra Civil y cogió desorbitado impulso tras el naufragio militar de Francia en mayo de 1940. Jordana se mantuvo en su puesto de mediador. Nadie le temía, pero todos le respetaban. Había presidido el Alto Tribunal de Justicia Militar y desde tal institución *provisio-nal*, pero con innegable capacidad ejecutiva, había impedido no pocos desmanes de falangistas justicieros o afanes de derechistas necesitados de sangre para vengar sangres derramadas de familia. Formó parte del «Consejo Nacional», en el que había dos coroneles (Beigbeder y Gazapo), seis generales (Dávila, Monasterio, Orgaz, Queipo de Llano, Yagüe y él mismo), veinte falangistas (tan dispares como Aznar y Dávila, Fernández Cuesta y Girón), once carlistas (Esteban Bilbao y el conde de Rodezno entre ellos) y tres mujeres (Pilar Primo de Rivera, Mercedes Sanz Bachiller y María Rosa Urraca Pastor), muy activas, especialmente las dos últimas: Mercedes, viuda de Onésimo Redondo (fusilado en 1936), como fundadora de *Auxilio Social*; María Rosa con su vigoroso liderazgo al frente del Servicio de Enfermeras del Ejército. Eran cuarenta y ocho los consejeros y consejeras. Demasiados para entenderse y más para llegar a acuerdos concretos. Jordana tendió puentes y recompuso escombros cuando otros le derribaban sus obras. Época de aportaciones y frustraciones, de uniones y desuniones. El 10 de agosto de 1939, a los cuatro meses de terminada la Guerra Civil, a Jordana se le apartó de las tareas de Gobierno. Mano ejecutora, la de Franco; mente maniobrero, la de Serrano Súñer. A Jordana no le molestó, pues al cuñado de Franco hacía tres años que le veía venir. Y en su Diario, con sinceridad punzante y confortación comprobable, escribió: «A mí me encantaría que se prescindiese de mí en la forma indicada por el Generalísimo, pues es justo que, a los que hemos trabajado, nos sustituya la gente joven». Pero más adelante, advertía: «En la formación del Gobierno, en la estructura dada al Estado, han predominado las orientaciones de Serrano. Del Gobierno han salido los que no eran santos de su devoción. ¡Dios se lo pague! A mí me ha hecho un gran favor, que no sé cómo agradeceré-selo». En esos mismos apuntes de su Diario, coincidentes con aquellos días del verano de 1939, tras ser relevado de las tareas gubernativas, aclaraba: «Su táctica (la de Serrano Súñer), desde que fui nombrado vicepresidente, fue la de silenciar o atenuar mi labor y realizar un trabajo de zapa para desplazarme del puesto, que ahora ha dado su fruto. Él estará satisfecho, pero yo lo estoy mucho más». La síntesis ética de Jordana a la vista está: si pensáis que así me hacéis daño, os equivocáis; mi cuerpo y mi familia muy agradecidos os quedan. Con indisimulado alivio, Jordana dejó su torturante puesto el 9 de agosto de 1939 y pasó a presidir el Consejo de Estado. Le sustituyó el coronel Beigbeder, proalemán en apariencia (había sido agregado militar en Berlín), probritánico en esencia. España se hallaba en ruinas y necesitaba de todo, sobrándola represión y desesperación, de las cuales parecía incapaz de desprenderse. En el marco del conflicto europeo, Polonia cayó en veintiséis días (rendición de Varsovia, 27 de septiembre de 1939). Un día más tarde, el Primer Reich y la URSS acordaban el reparto de Polonia. Millares de oficiales y suboficiales polacos, capturados por los soviéticos, empezaron a ser trasladados hacia Bielorrusia. En su mayoría aparecerán, tres años después, asesinados

(con un tiro en la nuca) por la GPU, policía secreta del ejército soviético, apilados en capas de cadáveres momificados en las fosas de Katyn, que las tropas alemanas descubrieron en su retirada (Smolensko, abril de 1943). La Cruz Roja Internacional verificó la magnitud de la hecatombe sepultada (cuatro mil ciento cuarenta jefes y oficiales) conservados intactos por la naturaleza arcillosa de los suelos bielorrusos, más la exactitud de las pruebas balísticas encontradas: munición de 7,62 milímetros, tokarev, el calibre habitual en los mandos de la GPU y la oficialidad del ejército soviético.

Breve aparte y retorno a las decisiones como «consejero y ministro» de Estado

En el Frente Occidental, el otoño de 1940 se adelantó y las masas francesas y alemanas optaron por cobijarse del frío en lugar de atrincherarse en el fango helado. Golpes de mano, combates de las respectivas propagandas y reconocimientos aéreos que nada descubrían. Los ejércitos dormitaban junto a sus estufas y aparatos de radio. Era *la drôle de guerre*. La guerra convertida en broma. Cinco meses así y la guerra llegó con la primavera. En punto. Los alemanes atacaban en los bosques de las Ardenas y avanzaban en columnas de tanques. Cuando Jordana supo la amplitud de la rotura de las defensas francesas en Sedán (10 de mayo de 1940), comprendió que, en esta segunda Gran Guerra, jamás dispondría Francia de otro Verdún. Conocido el coste humano del primero, mejor no repetirlo. Pero lo que podía ocurrir tendría peores consecuencias que la capitulación habida en el primer Sedán (1 de septiembre de 1870), seguida del desplome del II Imperio y la proclamación de la *Commune*. Las unidades alemanas franquearon el Mosa (13 de mayo); el ejército holandés se rendía el día 15; los alemanes cruzaban el Oise (18 de mayo) y, en dos jornadas más, alcanzaban el Canal de la Mancha cerca de Abbeville. Lo que no pudieron ocupar los ejércitos del káiser en cuatro años de guerra, lo habían conseguido, en solo diez días, las unidades acorazadas de Guderian y Rommel. Jordana esperaba, de un momento a otro, una llamada de Franco. La secuencia de los desastres aliados se aceleró: evacuación de Arras y repliegue hacia Dunkerque (24 de mayo); el 28 de mayo el ejército belga capitulaba por «orden» de su rey, Leopoldo III; el 29 comenzaban los caóticos reembarques, en Dunkerque, de los británicos; el 4 de junio caía Dunkerque; el Sena era atravesado seis días después. Ese mismo 10 de junio, un Mussolini exaltado declaraba la guerra a Francia. Franco se alarmó: iba a llegar tarde al reparto del poder en Europa y África. Pero los confiados ejércitos italianos, que pensaban vencer a los franceses en los Alpes, se vieron rechazados por tres modestas divisiones galas. El 11 de junio, los alemanes atravesaban el Marne en Château Thierry. París al alcance de Hitler. Debíó ser entonces cuando el teléfono de Jordana sonó. Franco al otro lado de la línea. Italia hacía el ridículo, pero Francia se hundía con la rapidez de un carguero torpedeado. El Gobierno Reynaud iba camino de Burdeos. *Necesitamos un plan*. Ocupar Tánger, operación fácil. El 14 de junio, París era declarada «ciudad abierta» y ocupada por el invasor. La ocupación incruenta de Tánger (14 de junio de 1940), enardeció a la Falange y al Ejército, a la vez que ensanchó el pecho del franquismo nacional. Franco mismo pareció *más alto*, incluso, de lo que en verdad era. Hitler felicitó a Franco; Mussolini se limitó a enviarle sus *mejores deseos*. Era evidente su frustración. Los españoles se le adelantaban otra vez. El 17 de junio, los alemanes entraban en Caen y Belfort, enclaves separados por seiscientos kilómetros de frente. Francia se caía a pedazos. En la madrugada del 18 de junio llamada a Madrid desde Irún. Era un tal Eduardo Casuso, secretario de la embajada española: *el señor embajador* (Félix de Lequeri-

ca) sigue en Burdeos, pero al estar cortadas las comunicaciones telefónicas con España, me ha enviado a mí para prevenirles a ustedes. Francia no puede más y ha decidido rendirse. Pétain, jefe del Gobierno, quiere que Franco sea su mediador ante Hitler. Luego este es el verdadero plan: salvar a Francia de la derrota absoluta. Si Jordana lo conseguía, la Francia de Pétain se acercaría a la de Franco con Marruecos en la palma de su mano.

Penalidades francesas, arrebatos de Beigbeder y viajes belicistas de Serrano Súñer

El aviso español, que anunciaba la capitulación de Francia, le llegó a Hitler a las tres de la madrugada. Jordana y Franco se retiraron a descansar. Solo quedaba esperar acontecimientos. Quien decide permanecer en vela es Beigbeder. En una decisión precipitada, impropia de su carácter y preparación, envía un mensaje urgente a Lequerica, ordenándole que, esa misma mañana del 18 de junio, plantease al Gobierno francés una modificación de las fronteras en Marruecos: al este, en la orilla derecha del Muluya, la totalidad del territorio dominado por los Beni Snassen. Y al sur, lo mismo con relación a los Beni Zerual, la tribu que fuera causa de la guerra entre el Rif de Abd el-Krim y el Marruecos de Lyautey. Lo primero suponía privar a Francia de la estrecha salida al Mediterráneo que tenía por el corredor de Uxda, con lo que la frontera entre Marruecos y Argelia quedaría bloqueada en su tercio premarítimo, el más cerca de Orán. Lo segundo equivalía a empujar la frontera francesa hasta una peligrosa proximidad de Fez. Y con ímpetu similar al que Delcassé decidiera acometer en 1904, cuando propuso, a la España de Sagasta, la posesión de la orilla derecha del Uarga, borde de la mejor tierra fértil del norte. Lequerica, cuando se entera, primero se indigna, luego se calma y, por último, castiga al provocador: no hará nada de lo que le pide. Ni reclamará territorios al vencido, ni pondrá plazos de embargo al agobiado Pétain. El mariscal recuperaba fuerzas para enfrentarse a una de las situaciones más críticas de su vida y un coronel español quiere robarle la cartera marroquí. Es un insulto, pues hace que Franco aparezca como salteador de caminos, que exige dos rescates por una mediación. Franco, peor que El Raisuni. El silencio de Lequerica irrita a Beigbeder, quien comete otra torpeza: informar, él mismo, a Renom de La Baume, embajador francés en Madrid, de la lógica y urgencia de la demanda española. El asunto no se complica: La Baume y Lequerica, bien por decisión suya o consejo de Jordana, deciden guardarse esas provocaciones, con lo que evitan el estallido de una guerra Franco-Pétain. El 22 de junio, franceses y alemanes conciertan su segundo armisticio en el bosque de Rethondes, en Compiègne. Sin cumplirse los veintidós años de su segunda gran contienda (1870 y 1914), Francia y Alemania ponen fin a la tercera, que ha durado diez meses. Y es un armisticio en lugar de un cataclismo porque Pétain logra salvar tres imperios: el que posee tal condición en el África continental y la gran isla de Madagascar; el de la flota francesa en su integridad, y a esa Francia de juguete en Vichy que, gracias a la magia de su bastón de mariscal, creyó convertir en *Francia entera*, cuando ni a media Francia llegaba. Estos logros de Pétain irritan a falangistas, germanófilos y franquistas. En El Pardo, Franco queda endemoniado. En el Consejo de Estado, Jordana ve el asunto entre admirado y calmado. En Santa Cruz, Beigbeder se dedica a dar vueltas en su despacho, como penitente «oso del Retiro», ofuscado al no encontrar salida a su encierro tanto tiempo mantenido. Los que salen de su guarida, en Gibraltar, son los acorazados de la Fuerza H del almirante Sommerville. Navegan con ganas homicidas: hundir franceses por haberse rendido tan pronto. Aproan hacia Mers el-Kebir, base próxima a Orán. Arribados allí (3 de julio de 1940), plantean odioso ultimátum:

«Únanse a nosotros o les hundimos; o bien, húndanse ustedes solos». El almirante Gensoul se niega. Andanadas sobre buques y tripulaciones inermes: mil doscientos noventa muertos. Los ingleses se alejan. Y los franceses quedan en su dolor mientras recuperan restos de los suyos y los entierran. Entonces Beigbeder sale de su jaula y redacta una carta a Franco, en la que se expresa así: «Mi Caudillo. Todo cambia como el camaleón. A lo mejor acaba Francia aliada de Italia contra los ingleses (...) tenemos que prepararnos para nuestra empresa en Marruecos de acuerdo con Alemania. Hay que estrecharse [sic] más con ese país (...) Nos vamos oxidando y yo no veo cómo romper. Puede hacerse en forma de ultimátum, al que tendrán que ceder, y respirarían, pues creerían que nos contentamos con eso». A Beigbeder se le percibe tan alterado que escribe mal y hasta perverso se muestra en este escrito (que Matthieu Séguéla publicase en 1992, en la primera edición de su obra en francés). Dado que Franco no despacha ningún ultimátum, ni Beigbeder puede hacerlo por sí mismo, cabe deducir: Franco considera que ya no tiene ministro de Asuntos Exteriores, por lo que decide estrechar la relación España-Alemania con otro delegado suyo y pronazi: Serrano Súñer. La segunda era pedir consejo a Jordana. Y este le hubiera dicho: mejor ofrecer nuestra ayuda a Pétain en momentos tan críticos, porque el mariscal sabrá mostrarse generoso. Esta era la opción idónea, no imponer *ultimátum* a quien está de entierro. Como no tenemos constancia de este paso de Jordana, nos quedamos con su labor mediadora bien conocida. Beigbeder terminó por comprender que, con «Tánger incluido en la patria española», las conquistas fáciles se habían terminado para Franco. Todo lo demás, en relación a las posesiones de Francia, exigiría no ya cálculo, habilidad y perseverancia, sino una conjunción de desplomes imperiales: el de Inglaterra para empezar; el de la Unión Soviética para concluir. Beigbeder intuía que el afán oculto de Hitler era acabar con el comunismo y quien lo encarnaba, Stalin. Beigbeder, escarmentado por sus traspíés, aconsejó a Franco esperar y ver, acción con la cual Jordana estaba de acuerdo; máxime cuando España dependía de los suministros estadounidenses en combustibles y cereales. Un telegrama de Churchill a Roosevelt podía dejar al Ejército español atado a mulos, caballos y carromatos; a su zurrada aviación convertida en espantapájaros de aluminio abollados por el granizo (ni hangares había); a su escuálida y obsoleta armada amarrada a los muelles del herrumbre perpetuo, con sus tripulaciones entretenidas en sacar lustre a las antiguas gestas enmarcadas en museos. Por esos días, Serrano Súñer, con el apoyo de Franco, decidió pasar de caballo (ministro de la Gobernación) a reina (ministro de Asuntos Exteriores) en el crispado ajedrez del franquismo cuchillero. Lo suyo era moverse en todas las direcciones posibles. Y con oblicuidad manifiesta, navaja en mano, tomó el mando de la diplomacia franquista. Con Serrano Súñer al frente del franquismo inflexible, los viajes a Berlín adquirieron periodicidad alarmante y a la par frustrante: nada consiguió el general Vigón (junio de 1940) y nada obtuvo Serrano Súñer en el suyo (septiembre de 1940). Beigbeder consintió. Quiso contemporizar. Error fatal. Desde el absurdo de tener dos ministros de Asuntos Exteriores, cuando solo uno ejercía como tal, Franco cesó al no actuante. Etiquetado de vendido a ingleses y estadounidenses, Franco dejó caer a Beigbeder como si de servilleta usada se tratase. El humillado coronel había ganado la guerra civil para el caudillo al convenecer al Marruecos indígena de una causa común, firme en su fe hacia una España con Dios y de hombres justos. Franco tenía buena memoria, pero la gratitud no era flor cultivada en los rosales de El Pardo. Despidió a Beigbeder sin tan siquiera darle la mano. Y le dejó partir hacia Estados Unidos. Un billete para salvarle la vida y otro para tenerle allí por si le hiciese falta algún día. Luego llamó a Serrano Súñer y decidió probar cómo era eso de gobernar un país

desde una familia. Desde nuestra perspectiva, procede un replanteamiento de los haceres de Jordana, entre los que debe incluirse esa fase mediadora suya, en la que actuase como presidente del Consejo de Estado y ministro al oído y a la vista en Exteriores. Una vez vertebrada, esta es:

- Titular de la cartera de Asuntos Exteriores en el primer Gobierno de Franco: 30.01.1938 / 10.08.1939.
- Consejero de Estado y Asuntos Exteriores en el segundo Gobierno de Franco: 10.08.39 / 16.10.1940
- Titular de la cartera de Asuntos Exteriores en el quinto Gobierno de Franco: 03.09.1942 / 03.08.1944.

La emboscada nazi y el martillo soviético: sobrevivir entre la destrucción y el odio

Serrano Súñer heredaba su propia cita con Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores. Y Franco la suya con Hitler en persona. El encuentro se produjo en aquella «histórica ocasión» (Hendaya, 23 de octubre de 1940), donde el único resultado tangible fue que Hitler y Franco, sin decírselo en la cara, acordaron nunca más verse. Franco y su cuñado lo intentaron por vía indirecta: encuentros con Mussolini (Bordighera, 12 de febrero de 1941) y con Pétain (Montpellier, el 13 de febrero). Una derrota y dos empates. El equipo Franco-Súñer quedaba eliminado de la competición europea por el Orden Nuevo. Franco decidió impugnar resultados tan negativos. Reiteró su admiración a Hitler y Alemania (por este orden) y propuso a España como aliada de fiar y reserva de la fuerza militar de una Europa renacida. Hitler replicó mostrándole a Franco, vía su embajador en Madrid, Eberhard von Stohrer (que relevase a Faupel en julio de 1937), las cuentas que España tenía pendientes con Alemania: trescientos setenta y dos millones de marcos. Lo limitado por Jordana se había multiplicado por dos veces y media. El cuarto Gobierno de Franco no supo situarse ante la situación mundial del momento en su toma de posesión: 19 de mayo de 1941. Había una apariencia y una realidad subjetiva. En lo aparente, las cosas estaban así: Inglaterra combatía sola pero no se rendía; el Atlántico era alemán y las cifras de hundimientos de buques británicos destruían los registros de 1917; Italia había perdido su imperio abisinio y el libio también, pero andaba en aventuras griegas y yugoslavas, extraviándose aún más; la Europa continental era alemana en su tercera parte y soviética en las dos restantes, pero en kilómetros cuadrados, no en potencia industrial ni en población instruida; India apuntaba modos revolucionarios aunque pacifistas (Gandhi), con lo que tal amenaza parecía manejable; Asia Menor estaba tranquila y el África colonizada, sometida como tal. En Asia, Japón había invadido la Indochina francesa y combatía en China desde 1937. El imperio nipón no necesitaba prepararse para la guerra: la practicaba a diario. En cuanto a Estados Unidos parecía un iceberg desprendido de la plataforma ártica: sociedad antibelicista, bulliciosa y cínica, economía pujante (por el rearme en curso), política neutralista y oscilante. En la realidad subjetiva, las cosas estaban de esta otra forma: Inglaterra había desarrollado novísimos tecnicismos militares (radar, sonar, equipos de radio de largo alcance, complejos sistemas de descifrado, lanchas de desembarco por millares y visores de bombardeo), que le proporcionarían la superioridad en un futuro inminente; Alemania había decidido atacar a la Unión Soviética y destruirla, para lo cual necesitaba cinco meses de buen tiempo y uno tolerable (ofensiva a iniciar a primeros de mayo para concluir a finales de octubre lo más tarde), previsión incumplida por las fieras resistencias de

griegos y yugoslavos ante los torpes ejércitos mussolinianos; el Pacífico parecía un lago norteamericano, pero los japoneses sabían dónde fondeaban todos y cada uno de los grandes buques de su inevitable enemigo. Y tenían pensado hundirlo en su base principal: la de Pearl Harbor, en Honolulu (islas Hawái). La España de Franco y Serrano Súñer no atendió el plano de la realidad aparente ni la subjetividad de lo real. Insistió en reclamar subjetividades históricas: una parte de la Argelia Occidental (de la muy españolista Orán al bereber Tlemcén, muy al interior); la totalidad del Marruecos francés; ampliar el territorio de Guinea a niveles dignos, absorbiendo parte del Camerún o todo él. Incluso se pensaba alzar la bandera rojigualda en los bastiones de La Valetta, que para eso Malta había sido defendida por cabaleros españoles. Solo cavilar sobre Orán era doloso ilusionismo pese a que su población europea, en un 62%, fuese oriunda de España. Y pretender todo Marruecos era presuponer la desaparición de Francia. De forma paradójica, si en la Wilhelmstrasse, sede del ministerio alemán de Asuntos Exteriores, se consideraban disparatadas las pretensiones franquistas, en el *Foreign Office*, cuyo titular era Anthony Eden, pero dependía, hasta para pensar, de su jefe supremo (Churchill), ya podía pedir Franco lo que quisiera —siempre que fuesen propiedades francesas—, que el Gobierno británico comprendería las fundadas razones españolas. Y es que Gibraltar, desde el anónimo soldado inglés a su primer ministro, simbolizaba la llave de la victoria para su cercada patria o la roca que, al caer en manos extrañas, a Inglaterra entera arrastraría hasta el abismo de su derrota. La irrealidad dominaba en Madrid y Roma; la ansiedad triunfaba en Berlín y Londres; la realidad persistía en Vichy. Franco tenía posibilidades todavía. La mejor, convenir con Hitler la cesión de la Guinea Ecuatorial para evitar así el alquiler de «una isla (o dos) del archipiélago canario», que los alemanes reclamaban para sus aviones y submarinos, con los que podrían interrumpir el tráfico de convoyes británicos desde la península indostánica. De las restantes, ninguna pasaba por constituir un imperio de corte cisneriano, que Hitler jamás consentiría, por cuanto Pétain no dudaría en endurecer su mirada azul (el color de sus ojos) hasta convertirla en guillotina de los avariciosos cuellos de Franco y Serrano Súñer. Una Francia sublevada y en guerra contra España era un escenario de pesadilla para Hitler. Mejor perder Gibraltar. Pero como de la posesión del Peñón dependía la conquista de Egipto y, por extensión, la ocupación de Asia Menor, con punzante acceso al Cáucaso para introducir la espada nazi en el flácido vientre soviético (conquista de Stalingrado y dominio de los yacimientos petrolíferos de Bakú), la opción era derrocar o matar a Franco. Y esto se consideró, pero fue desechado. Si Franco era obstinado, su cuñado más. El cuarto Gobierno de tan desesperante binomio acabó el 5 de septiembre de 1942. Habían transcurrido quince meses. Amenazantes unos para el franquismo y la paz de España, ilusionantes otros para el belicismo falangista y el resurgimiento del epopéyismo hispano, inoperantes todos para la autonomía económica y el reforzamiento de la salud y el bienestar de los españoles. Los amenazantes provinieron de Berlín, cuando Hitler, tras reunirse con sus generales, decidiera (5 de diciembre 1940) *pedir permiso* a Franco para que las tropas alemanas entrasen en España, «hacia el 10-11 de enero de 1941», de camino a Gibraltar. Aquella oferta para entrar en guerra le fue entregada a Franco, en mano, por el almirante Wilhelm Canaris, jefe del *Abwehr*, el servicio secreto. Tuvo suerte España más que Franco, porque Canaris, ex-oficial de submarinos durante la Gran Guerra, mantenía desde entonces sincero afecto por España, a la que renovase su aprecio a través de su dictador, pues aun detestándole le recomendó dar largas a la petición de Hitler. En cuanto a las emociones ilusionantes y epopéyicas, concentradas quedaron en Madrid nada más saberse la invasión (22 de junio de 1941)

Bereberes

Población original del Magreb. Proviene del latín *barbar (us)* y define a los bereberes que pueblan el norte de Marruecos, Argelia, Túnez y Libia. Gomaríes, rifeños y yebalíes son sus referentes histórico-simbolistas. Su lengua es el *amazigh* o *chelha*. Poseen una cultura identitaria de gran vigor expresivo,

con una exquisita riqueza ornamental. Su carácter les define: austeros y altivos, resistentes y recelosos entre sí, muestran firmísima unión ante cualquier amenaza exterior que pretenda alterar sus tradiciones o vulnerar sus modos democráticos de gobierno. En su mayoría son monógamos, siendo

infrecuente el recurso a la poliginia, sin que sea (como antaño) un factor determinante el valor de los bienes del marido. El patriarcado sigue siendo el rey, pero el matriarcado gobierna la casa, donde la mujer es la reina. El poblamiento bereber en el Magreb crece, y su número se estima en veinte millones de personas.

de Rusia por los ejércitos alemanes. El descomunal asalto (tres millones de soldados) arrancaba con casi dos meses de retraso. Esta *mortalidad de calendario* se haría realidad en diciembre. Como nada de esto se imaginaba en España, los españoles, movilizados por el estremecimiento acusador de Serrano Súñer, dictado contra Rusia desde los balcones de la Secretaría General de Falange, que daban a la calle de Alcalá y al palacio de Buenavista, sede del ministerio del Ejército, se alistaron en la División Azul y hacia Leningrado marcharon. Allí lucharon, resistieron y admiraron. Murieron y quedaron mutilados en idéntica proporción. Congelado el frente ruso y congelados los que en él combatían, los supervivientes creyeron que al siguiente año, para el verano, Rusia caería. Lo que cayó fue una noticia, censurada en toda España, tras conocerse hasta qué extremos llegaba la división entre el falangismo frustrado por la prisión que Manuel Hedilla (sucesor electo de José Antonio) padecía y el carlismo, anudado al falangismo, sufría a su vez, acción decretada por Franco (19 de abril 1937), de la que resultase un convulso híbrido —Falange Española Tradicionalista y de las JONS—, que ya había dado lugar a violentos incidentes. Aquel 24 de agosto de 1942 en el santuario de Begoña (periferia de Bilbao), cuando una enfervorizada muchedumbre de requetés navarros y vizcaínos vitoreaba al bilaureado general Varela, símbolo del heroísmo vasco-navarro en la Cruzada, un grupo de falangistas tomó la bestial decisión de reventar el acto con granadas de mano. Dos fueron lanzadas, una explotó. No hubo muertos, sí heridos graves y muchos leves. Varela, casado con una aristócrata legitimista (Casilda Ampuero), consideró lo sucedido como «un atentado contra su familia» y sus convicciones. Varela, que era el ministro del Ejército, informó de los hechos a sus pares en las capitanías generales. Y sin más, le echó un pulso a Franco. No solo le exigió castigar a los responsables, sino también prescindir del «tono falangista» de sus últimos discursos. Si el dictador no lo hacía, él dimitiría. Con el respaldo de no pocos generales. Franco, intranquilo, al principio cedió, el autor del atentado (Juan Domínguez) fue ejecutado, pero a Varela, para pasmo de este, le aceptó su dimisión. De seguido, llamó a Jordana y cesó a Serrano Súñer.

Ejercer la vicepresidencia de un país sin rumbo y llevarlo a buen puerto: «la reorganización del mundo»

El 3 de septiembre de 1942 Jordana volvía a hacerse cargo no solo del Ministerio de Asuntos Exteriores, sino de la más difícil *vicepresidencia* de su vida. Franco pronunciaba discursos, presidía ceremonias y recibía ovaciones, pero política de Estado ninguna hacía. Y la situación exterior empeoraba para todo aquel régimen *emparentado* en maneras, no tanto en ideas, con el Eje ítalo-alemán. El 3 de noviembre, el *Afrika Korps*, derrotado en El Alamein —posición por la que combatía sin tregua desde el 23 de octubre—, obedecía órdenes de su jefe y empezaba su retirada hacia Túnez. Rommel había desobedecido las órdenes de Hitler. Primero el Ejército y Alemania, después un maniaco y su partido. Jordana intuía que algo tendría que hacer para, sin desobedecer a Franco, evitar la ruina total de España, su primera obediencia. El hambre persistía, las enfermedades se extendían y gasolina no había. España se movía a pie, en borrico (las mulas eran para el Ejército o para labrar los campos) o sobre engendros fumantes: enormes cilindros adosados a la trasera de autocares, coches, camiones o taxis, donde ardía carbón asturiano o de encina. La España imperial había quedado reducida a la España del gasógeno. Los sueños, en humo. Tres años perdidos por culpa del *cuñadísimo*. Jordana vio que, entre la pasividad y la catástrofe, una rendija había. La neutra-

lidad, nada de «no beligerancia». Dos factores podían hacerla posible o rematarla: que Gibraltar siguiera siendo inglés y que el Marruecos español mantuviese su bandera en Tetuán. Esas eran las fuerzas protectoras de la primera opción. Que la Roca fuese atacada por Alemania tras verse, a su vez, cercada en Túnez y acosada por los flancos marroquí y argelino, representaban las fuerzas hostiles a la supervivencia del franquismo y la paz interior de España. Jordana se hizo a sí mismo la promesa de evitar tal desastre para su patria y ese desgarró interno añadido, que supondría la partición del país. Porque la potencia militar angloamericana ocuparía las Canarias, que difícilmente volverían a ser españolas y luego entraría en la Península, mientras su mitad quedaba bajo la bota alemana. De imperio post-cisneriano a país de taifas. Claras las opciones a la vista, Jordana incentivó sus relaciones con los representantes de las potencias aliadas: el británico sir Samuel Hoare Belixa, llegado a Madrid en mayo de 1940 para relevar a Sir Maurice Peterson, y el estadounidense Carlton Joseph Hayes, quien había sustituido, en mayo de 1942, a Alexander Wedell. Jordana, y con él esa España superviviente de la guerra, que solo quería tener algo para comer y no temer conminatorias llamadas de madrugada en sus puertas domésticas, tuvieron suerte otra vez. Peterson y Wedell, fiados en el historicismo democrático de sus patrias, eran hoscos, intransigentes y terminantes. Bien es verdad que Franco les provocaba con sus desaires y silencios. Hoare y Hayes probaron ser lo contrario. El británico estaba agradecido al franquismo por no haber asaltado Gibraltar, pues el Peñón no hubiese soportado el ataque combinado de la técnica militar alemana y la furia del irredentismo español. Hayes, profesor de historia en la Universidad de Columbia, inexperto al principio, había probado ser resuelto y sagaz. Después de cuatro meses de embajador en Madrid, de sus ardores profranquistas en la Guerra Civil ni uno solo guardaba. El franquismo en paz le parecía bastante más belicoso que metido en guerra. Las sugerencias de Jordana, con su empeño por neutralizar el falangismo discursivo en vigor y acometer una neutralización comprobable del régimen, le parecieron todo un acontecimiento. Sin embargo, otra novedad, con la que ni Hoare ni Hayes contaban se presentase tan de repente, les obligó a tomar posturas enérgicas, que reverteron sobre la débil paz física y el sosiego de Jordana, prevenido por sí mismo: los desembarcos aliados en Marruecos y Argelia (Operación *Torch*). A primeros de noviembre de 1942, en Gibraltar no cabía un avión más y menos un barco. En el aeropuerto, en terrenos rellenados sobre las aguas jurisdiccionales de España durante su guerra civil, solo había una estrecha senda para aterrizar y despegar. En los muelles, ni un sitio libre. Pero esto no era un problema: el puerto de Gibraltar estaba dentro de la bahía de Algeciras. Decenas de cargueros, dragaminas, destructores y lanchones cubrían el panorama, flotando en alertada felicidad, sobre las aguas territoriales de España. Constituían el mayor objetivo de guerra que jamás hubo a la vista en la historia bélica del Mediterráneo. Fue la máxima tentación de bombardeo y torpedeo que se le ofreció a Alemania en toda la guerra. Gibraltar no era tal, sino un Pearl Harbor acumulativo hasta límites inimaginables: seiscientos aviones había en ese aeropuerto de una sola pista, robado a España en 1938. Esas flotas, aéreas y navales, apuntaban al África francesa, pero nadie podía saber, ni siquiera los jefes de tales escuadras, si, por circunstancias imprevistas, debían apuntar al Marruecos español y a España misma. Jordana estaba enterado, a la hora, del movimiento de *llegadas y salidas* de semejante provocación. Él, como ministro de Asuntos Exteriores y militar de Estado Mayor, no iba a perder los nervios, pero Hitler sí podía perderlos y luego todo dependería de Churchill y Roosevelt. El 3 de noviembre, Hoare, el embajador británico, dio garantías a Jordana de que «la concentración de aviones y buques»

en Gibraltar no iba contra España, sino contra la Alemania de Rommel, bloqueada en Túnez. Jordana se lo creyó sin creérselo. Porque aquella *manifestación* aeronaval parecía la Armada Invencible en versión angloamericana. Así las cosas y creencias, llegó el domingo 8 de noviembre con los desembarcos en las playas marroquíes y argelinas. Hoare, acompañado esta vez por Hayes, el embajador estadounidense, volvieron a encontrarse con Jordana, a quien reiteraron sus garantías. Tanta repetición de palabra y cortesías inquietó a Jordana. Aquel domingo pasó entre noticias de triunfos en Marruecos y avances cruentos en Argelia. Los franceses resistían. Jordana pensó que *ya se vería* tal resistencia o esa facilidad de avance al siguiente día. No tuvo tiempo ni de coger el sueño. A las dos de la madrugada le despertaban sus ayudantes para informarle que los embajadores del Reino Unido y los Estados Unidos querían verle, «con la máxima urgencia», para entregarle «un documento de gran importancia». Jordana se temió lo peor: la invasión del Marruecos español. Sería el fin de la tenue paz de España por él defendida. Hoare y Hayes fueron recibidos por un Jordana en batín, con su pijama y sus zapatillas. Su rostro evidenciaba una indisimulada tensión, también una innegable resignación. Puede que Hoare y Hayes intercambiasen una *mirada curativa*, porque delante tenían la ansiedad de un hombre devastado por irresponsabilidades ajenas. Hayes se adelantó y entregó al ministro una carta en inglés, firmada por el presidente Roosevelt, cuyo destinatario era Franco. Y Jordana, tras las consideraciones de rigor y las razones tácticas evidentes —«impedir la ocupación de los Protectorados de Francia por las fuerzas del Eje»— pudo leer: «I hope you will accept my full assurances that these moves are in no shape, manner or form directed against the Government or people of Spain or Spanish Morocco, Rio de Oro or Spanish islands». Roosevelt ofrecía a Franco todas sus garantías de que las operaciones en curso no iban directamente dirigidas ni contra el Gobierno o el pueblo de España, ni el Marruecos Español, ni el Sáhara Occidental (Río de Oro en la terminología cartográfica dieciochesca), ni las Baleares o las Canarias. Lo de «Spanish Morocco, Rio de Oro or Spanish islands» debieron parecerle a Jordana otros tantos regalos anticipados de los Reyes Magos. A salvo Marruecos y los dos archipiélagos, España seguiría en paz y él podría vivir un poco más con los suyos. Ante su mirada crítica, el mapa de la situación militar en el Mediterráneo y la Europa eslava le exponía evidencias y emboscadas. Jordana dedujo que si el *Afrika Korps* tenía los días contados, la Francia de Pétain iría a la par y la Italia de Mussolini después, so pena de que los alemanes completasen la conquista de Stalingrado y entonces pudieran desviar varios Cuerpos de Ejército para amarrar, en su propio suelo, al fascismo derrotado en África. La repatriación de la División Azul no era una posibilidad táctica, sí una exigencia diplomática. Porque Stalin no había declarado la guerra a Franco, pero si lo hiciese (y razones tenía), España se convertiría en instantáneo enemigo de los aliados y *todo tendría que temerle de las Naciones Unidas*. La frase, a la inversa, con la que Roosevelt se despedía de Franco. Franco aprovechó la mano tendida de Roosevelt para fingir que estrechaba la de António Oliveira Salazar, el jefe del Gobierno portugués desde 1933. Un dictador amable con mano de hierro, artífice del *Estado Novo*. Jordana vio el cielo abierto. España mantenía deudas morales con Portugal desde los tiempos alfonsinos. En 1915 y 1916, Alfonso XIII había sopesado, a instancias austríacas y alemanas, convertirse en *soberano peninsular*. Jordana sabía que Franco menospreciaba a los portugueses, aunque nunca al nivel de insultos que Serrano Súñer gustaba de practicar ante terceros: en septiembre de 1940, durante su primer viaje a Berlín, ante un pasmado Ribbentrop, le aseguró que «en realidad, Portugal no existe». Días después, en otra reunión con Hitler y el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Serrano Súñer

llegó a calificar a los habitantes del país vecino como «seis millones de portugueses llorones». En aquellos tiempos pre-imperiales, Franco caviló sobre la anexión de Portugal, al que pretendía convertir en «región» subordinada a la omnipotencia peninsular de España. Jordana no se sorprendió cuando el caudillo le dijo que «él no iría a Lisboa» [el carácter *inglés* de Salazar le incomodaba]; pero su ministro, sí. Y en Sintra, aquel lunes 20 de diciembre de 1942, firmó Jordana, junto con el presidente luso, general António Carmona y el propio Salazar, lo que se denominó «Bloque Ibérico». No lo era, pero *sonaba muy bien*. Y el caso es que, para Jordana, era música y *sinfónica*: armonía, secuencia, variación y éxtasis final. La práctica totalidad de la prensa española y portuguesa ensalzó el enlace hispano-luso. Bajo el fervor de momento tan conciliador de ambas naciones como de objetivos comunes, se plantearon horizontes como éstos: «Volvemos a ser [por “constituir”] un pueblo europeo y quién sabe si un día volveremos a dirigir el mundo» [Novidades, 19 de diciembre]. Jordana, sin apartarse de la amenazadora realidad bélica que a la Península sitiaba, tenía hacia una perspectiva tan estoica e ilusionante como específica y global: «Ha de llegar un momento en que sea necesario realizar una política que facilite la futura organización del mundo» [ABC, 22 de diciembre]. Jordana anticipaba la *organización de las Naciones Unidas*. Sí y sin duda alguna. Las palabras significan lo que son y han salido desde que el hombre las concibió y usara para configurarse a sí mismo, no desde que otros hombres las interpretasen al revés, desfigurándose ellos como tales. Y porque en la Declaración de las Naciones Unidas (*Declaration by United Nations*), coincidente con el final de la Conferencia Arcadia (Washington, 1 de enero de 1942), en ninguna parte del texto se habla de «organización» ni de «reorganización del mundo», sí de movilización de un grupo de países (los primeros tres firmantes, más los veintitrés que les seguirían) con la finalidad de acabar la guerra como *vencedores*, pero, eso sí, bajo los principios de fraternidad, democracia y pacifismo. En cuanto a organizar una estructura mundial, cero. Y de tomar como referencia argumental la Carta del Atlántico (firmada por Roosevelt y Churchill a bordo del crucero *Augusta*, en aguas de Terranova, el 14 de agosto de 1941), tampoco. En las ocho cláusulas de aquella atlántica Carta, nada había de organizar estructuras mundialistas, sí de reconocer a los pueblos su derecho a la libertad y su connatural obligación a luchar por *un mundo mejor y más justo*. Aquel lunes de diciembre, día de la firma del Tratado hispano-portugués en el Salón de los Cisnes del Palacio Real de los Braganza, en respuesta al discurso de Oliveira Salazar, Jordana afirmó: «España sirve ahora la causa de la paz a la que el Bloque Ibérico ha de prestar altos servicios cuando el mundo, sobre el tronar de las batallas, deba oír las palabras ecuanímes que conduzcan a su reorganización» [ABC, 22 de diciembre 1942]. «Ecuánimes». Un adjetivo en plural de insólita fuerza, declamado con rotunda convicción ante la Europa de la guerra y por un ministro de España. *La ecuanimidad*, he ahí un arma cargada de futuro. También de empeño reflexivo y compromiso demostrable, de los que Jordana hizo su cota de mallas ajustada al cuerpo de sus creencias. Siendo su yelmo la organización y su estandarte *la reorganización*, Jordana, con un adjetivo y dos verbos transitivos, lograba el mejor autorretrato de su actitud, a la vez que señalaba a todos, fuesen americanos, europeos, africanos o asiáticos, el camino a seguir. Lejos de Jordana ser *paladín porque sí*, en el palacio de Sintra probó ser caballero de la fe en sí mismo al serlo de las esperanzas de una Humanidad privada de planes y voluntades para volver a creer y revivir y así soñar. Nadie valoró, en Portugal ni en España, la relevancia de los conceptos «organizar» y «reorganizar el mundo», pero siempre que fueran «ecuanímes» quienes lo acometiesen decisión como la que Jordana expusiera en el Salón de los Cisnes. Porque organizar

desde la arbitrariedad o por el hecho de conquistar, son imposiciones brutales y de por sí, nulas de pleno derecho. Jordana fue un escalador político de excepción. Superó los deslizantes glaciares del conformismo y del retoricismo y, en supremo impulso, solo y desnudo de prejuicios, holló la cima del mundo inviolado, aquel que, desde su altura, permitía creer en el cumplimiento de la verdad revelada: organizar el mundo que desde allí se veía para transmitir su integridad y pureza a quienes vinieran después. Fue a finales de julio de 1944 cuando Cordell Hull, secretario de Estado en el Gobierno Roosevelt, hizo llegar, a los gobiernos británico, chino y soviético, unas «proposiciones provisionales para una organización general». La generalidad al poder. Pero el futuro en el aire. Nada taxativo ni sugerente. Nada de ecuanimidad ni de organizar un planeta devastado; como máximo, un organismo generalista a la vez que secesionista por sus deseos y miedos encontrados. Los convocados fueron citados en Dumbarton Oaks, elegante propiedad privada cercana a Washington. Los debates empezaron el 21 de agosto —diecinueve días después de la muerte de Jordana—, se enquistaron por el bizantinismo de Andrei Gromyko (representante de Stalin). Los recelos de sir Alexander Cadogan (el delegado de Churchill) y del propio Hull; el prudente mutis de Wellington Koo (delegado de Chang Kai Chek) nada aportaron y la Conferencia concluyó el 7 de octubre. El 9 de octubre se hacían públicas las «Proposiciones de Dumbarton Oaks». Sobre ellas ondeaba una bandera: *Organización de las Naciones Unidas*. Por fin. Entre tantas farragosas y ásperas discusiones, Hull había encontrado el titular perfecto. Y lo tuvo tan claro que insistió para que ese concepto prevaleciese como cabecera de su anuncio. Para entonces, Jordana llevaba sesenta y cinco días muerto, de los cuales sesenta y dos enterrado en el cementerio madrileño de La Almudena. Hull, que sabemos, no leyó el discurso de Jordana en el palacio de Sintra. Y nadie hasta ahora parece haberlo releído y valorado, aquí, en la España de este 2013 que se acaba. Ningún político europeo ni americano, mucho menos asiático o africano, había hablado de reorganizar el mundo y organizarlo desde la ecuanimidad. Ese fue Jordana. Aquí, en estas páginas, se le rinde el homenaje que su prioridad ética e intelectual exigía.

Últimas victorias, mirada alrededor y adiós desde la luz

Después de Sintra, espinoso se le aparecía a Jordana el camino que tenía por delante en los frentes de Oriente. La capitulación del VI Ejército Alemán en Stalingrado (2 de febrero de 1943), expuso, a cuantos como él sabían de mapas y operaciones, que Alemania había caído en una nefasta contracción, que podría acarrear su hundimiento como imperio militar, incluso su destrucción como sociedad. Las opciones eran: replegarse hacia las tierras ucranianas y rumanas (refinerías petrolíferas de Ploesti), desistiendo del cerco a Leningrado, lo que implicaba una peligrosa curvatura del frente o permanecer aferrada sobre el terreno, que equivalía a la aniquilación. La División Azul se enfrentaría a difícilísima retirada o se vería copada y sería exterminada donde se hallaba: cerca de Novgorod. Días después se supo, en Madrid, que el grueso de los voluntarios españoles luchaba a muerte en Krasny Bor (10 de febrero), al sur de Novgorod. Cuando se confirmaron las bajas sufridas en aquella encarnizada batalla, su número sobrecogía a cuantos leyeron las censuradas cifras: tres mil setecientas bajas, de las que dos mil ciento cincuenta y dos eran muertos y desaparecidos. Y de poco consuelo servía saber (por fuentes fiables) que el enemigo había sufrido tres veces más de bajas que los españoles. Desangrada *La Azul*, incoherente era cubrir bajas, porque ni había tantos refuerzos entrenados ni razón alguna para mantenerla en Rusia. Jordana insistió, cuanto pudo, por adelantar

la repatriación de la castigada división. Lo logró en el Consejo de Ministros del 29 de septiembre de 1943. Fue triunfo insuficiente y tardío en lo diplomático, pero salvó de la muerte a miles de españoles. Esa victoria social y moral lo reconfortó. Avanzado 1944, Jordana se topó con una crisis oculta bajo *las alfombras del régimen*. Una confabulación, industrial y económica, para proporcionar a los ejércitos de Hitler la mayor cantidad posible de minerales estratégicos, de los que el wolframio, decisivo para construir corazas de tanques o municiones de artillería con alto poder de penetración en blindajes, acumulaba evidencias, torpezas y vergüenzas. Jordana tuvo que hacer frente a esa avalancha de descalificaciones, que le expusieron los indignados Hoare y Hayes. Ambos embajadores acusaban al ministro de Industria y Comercio, Demetrio Carceller Segura, un empresario con fama de persona sin escrúpulos, de haber concedido un crédito de cuatrocientos veinticinco millones de pesetas a empresas alemanas no solo para comprar wolframio, sino para hacerse con la mayor parte de la producción de este mineral militar. El 27 de enero, los británicos, dado que el curso de la guerra se alejaba de España (desembarcos previstos en Francia) y los ejércitos soviéticos penetraban en Polonia, la relevancia estratégica de Gibraltar en el conflicto se redujo al mínimo, por lo que se pusieron bravos: Hoare advirtió a Franco que las relaciones entre España y el Reino Unido se terminarían y con ellas el suministro de petróleo, si no se denunciaba tan ofensivo contrato o se suspendían las exportaciones de wolframio. Franco, muy en su estilo, ni se inmutó. Pero el aviso iba en serio. El embargo de petróleo se consumó y las escasas reservas españolas de gasolina se desplomaron. Juan Francisco Cárdenas, embajador español en Londres y Jordana estaban que se *subían a las paredes*, mientras el sórdido Carceller adoptaba posturas tancredistas. Jordana puso vendajes a una herida que sangraba desde hacía años, porque el asunto del wolframio con Alemania había empezado tras caer derrotada Francia. Jordana hizo de cirujano aquí y allá, intentando taponar una hemorragia de credibilidad que afectaba no ya al franquismo, sino a él mismo como ministro de un Gobierno en el que unos firmaban bajo cuerda lo que les beneficiaba mientras otros recibían los fragmentos de metralla o el impacto de la bomba entera. Al borde del caos, cuando las reservas de gasolina en España debían caber en unos pocos camiones-cisterna, logró Jordana que el embargo de petróleo fuese levantado (2 de mayo de 1944) a cambio de reducir las exportaciones de wolframio a Alemania: de ciento veinte a ciento cincuenta toneladas al mes a solo veinte toneladas en mayo y junio, para situarse en «cuarenta al mes» a partir de julio. Jordana sabía que los desembarcos aliados en Francia *estaban al caer*, así que el tráfico ferroviario de minerales a través de Francia se suspendería. Jordana añadió otro gesto que mucho agradecieron británicos y estadounidenses: la clausura del consulado alemán en Tánger, nido de agentes de la Gestapo y espías dobles o triples. Fueron sus últimas victorias. El 2 de agosto de 1944, Jordana se acostó tarde tras una jornada de intenso trabajo, que le pasaba su cotidiana factura. Arrastraba cansancio y síntomas: desde hacía una semana sentía molestias abdominales y una fatiga mayor de la habitual. Como ministro de jornada en San Sebastián, sobre él llovían compromisos grandes y pequeños, cada uno con sus responsabilidades ajustadas a sus respectivas dimensiones. Franco veraneaba, Jordana se mataba a trabajar. Era lo suyo, pero tenía un límite y estaba a punto de traspasarlo. Al día siguiente, jueves 3, se incorporó a su despacho con buen ánimo. Para cuantos le vieron aquella mañana parecía recuperado. Despachó asuntos con el director de Política Exterior y luego (al parecer) se quedó solo. Reflexionando, analizando, dilucidando. Gerundios de supervivencia. De España frente a un mundo inmerso en cataclismos y liquidaciones. La guerra mundial había entrado en sucesivos desfiladeros y vértigos: los ejércitos

franco-americanos se aproximaban a París, los británicos de Montgomery, más al norte, iban en pos de Bélgica y Holanda; Pétain era un cautivo de Alemania. Al mariscal que salvase a Francia dos veces (1916 y 1917) le esperaba el juicio de sus compatriotas por «alta traición». Mussolini resistía desde su caricatura de Estado, esa República de Saló, cerca de la frontera suiza, bambalinas operísticas para una función teatral conclusa, pero con muertos de verdad en el escenario. Hitler había sobrevivido al atentado del 20 de julio. Sus «armas secretas» existían, como las V-1, que a Londres machacaban a diario; pero había otras a las que, según informes confidenciales, ni se las vería ni oíría llegar: las V-2, un cohete que alcanzaría velocidades inimaginables (5.800 kilómetros la hora) y ascendería hasta cien kilómetros de altura para desde allí caer sobre su objetivo con una diabólica precisión. A su vez, los submarinos de Doenitz permanecían semanas sin emerger y utilizaban torpedos acústicos, que impactaban en las hélices o popas de sus objetivos navales. Los alemanes era capaces de hacer del Atlántico un segundo cementerio de convoyes aunque sus ciudades ardieran una tras otra. Stalin acumulaba ejércitos como si fueran ladrillos. Había alzado un muro de seis millones de soldados, que marchaban hacia Alemania marcando, a grandes zancadas, el rítmico paso del apocalipsis. No perdonarían a nadie si entraban en Berlín. Los americanos combatían en Filipinas y las Marianas. Tierras que fueron de España convertidas en campos de batalla entre extraños. Las flotas de América estaban a tres mil kilómetros de Tokio. Japón era un portaaviones-archipiélago con sus cubiertas atestadas de kamikazes, aunque estuviesen faltos de aviones y gasolina. Los japoneses movilizados eran doce millones. Se defenderían con palos, piedras, cuchillos y bayonetas. La guerra podía acabar en Europa y seguir en Asia. Dos o tres años. Qué distinta forma de entender la guerra tal y como él la sufriera en Cuba y Marruecos. Se acababa el tiempo de la caballería militar y del respeto debido al enemigo derrotado. No le gustaba ese horizonte, pero tenía que verlo. Pudo ser entonces cuando sintió una profunda punzada en el abdomen. Logró incorporarse y pedir auxilio. Se presentaron ayudantes y secretarías. Acudió su médico de confianza, el doctor Santiago Carro y García, especialista en cirugía del aparato digestivo. Preguntas precisas y palpaciones para localizar tan súbita dolencia. Señalar, más que hablar, lo mucho que le dolía. Inicio de mareo. Pérdida paulatina de conciencia. Se lo llevaban. Escaleras. Le ponían en su cama. El bueno de Santiago seguía a su lado. Le pareció oír carreras y voces en los pasillos, pero todo lejano y muy quedo. Le costaba respirar. Imágenes de su esposa (María), sus hijos, de su fallecida hija (María Luisa), de su otra hija (Pilar), de su venerado padre, sus primeros mandos y sueños, de su felicidad tan limitada, de tanta razón familiar ignorada para que la recuperase y volverla a sentir juntos. Luz. Una luz intensa, mas no deslumbrante. Placidez. De repente, dolor agudo y denso velo. Nada. Jordana falleció a las 13.40 de aquel jueves de agosto. El doctor Carro le había detectado una hemorragia abdominal. Dada la debilidad del paciente y la urgencia de su estado, utilizó los medicamentos apropiados, consciente de que no habría tiempo ni para trasladarlo al hospital y menos aún intervenirle con éxito. Y así fue. Asistolia, colapso y muerte. La noticia de su fallecimiento conmocionó al mundo de la diplomacia y no solo al acreditado en Madrid, sino al de las capitales que comprobaron su fidelidad a la palabra dada y obtuvieron beneficios de su laboriosidad y perspicacia: Lisboa, Londres, Rabat, Washington. En San Sebastián, de los primeros en llegar para testimoniar su pésame a la familia, Pedro Theotonio Pereira, embajador de Portugal. Pereira y Jordana se trataban, con asiduidad, desde 1939. Sus jefes (Salazar y Franco) podían ignorarse a conciencia o abrazarse con engaño. Ellos dos eran amigos y cómplices en hacer de la Península una reunión de amistades, no un valladar de ceños fruncidos

o un cercado de sospechas. Lo que supuso una total sorpresa fue la demostración del respeto diplomático al estadista fallecido, que llegó en forma del obituario publicado por el diario *The Times* en su edición del 8 de agosto de 1944. Lo firmaba sir Samuel Hoare, embajador en Madrid. En una de sus frases, afirmaba: «Nunca vi un hombre público trabajar tan denodadamente hasta la muerte». Este epitafio, en once palabras, definía una vida, un compromiso y su estricto cumplimiento hasta el fin. Sir Samuel, inminente Lord Templewood —título con el que tomaría asiento en la Cámara de los Lores— se marcharía de España poco después. El cuerpo de Jordana fue embalsamado y su cadáver trasladado a Madrid, donde el domingo 6 de agosto tuvo lugar un impresionante funeral en la iglesia de San Francisco el Grande —con asistencia del Gobierno en pleno, el Cuerpo Diplomático y el generalato más rutilante—, a lo que siguió el traslado de sus restos al cementerio de La Almudena, donde fue inhumado. Su viuda, María del Carmen Prats, aturdida por lo ocurrido, no tuvo fuerzas más que para llorar en su domicilio de San Sebastián. Su hija Pilar y sus tres hijos trasladaron su dolor a Madrid. En ninguno de estos trayectos y pesares estuvo Franco presente. El caudillo no se acercó a testimoniar su pésame a la viuda, ni a sus hijos, ni se dignó acudir al entierro. Franco, llegada la hora de la muerte de uno de sus más leales servidores, estuvo representado por otros. Jordana fue enterrado, pero Franco empezaba su vida de difunto. Seguiría así hasta 1975.

Robar ideas a un difunto prueba el miedo que tantos tienen a los muertos importantes

La misma noche de su muerte, alguien robó a Jordana. Su secreter fue forzado y esa mano criminal se llevó una sola carta: la que el extinto general y ministro había escrito a Franco, exponiéndole sus ideas para reintroducir a España en esa reorganización del mundo. Pánico cerval debía dar esa propuesta de Jordana, porque mientras el doctor Carro y el equipo de forenses embalsamaban su cadáver, otros pretendían enterrarlo sin confesarlo. Jordana estaba a bien con Dios, así que *extremauncido* yacía cuando le depositaron en un panteón de La Almudena en día nublado y tristón, que la climatología se apena cuando procede. Este hecho, del que subsiste memoria en la familia Jordana —de la viuda, doña María Prats de Jordana, a la que su fallecido marido expuso el contenido de su carta días antes de morir, pasó a sus hijos y de estos a sus nietos—, demuestra no ya la cobardía y vileza del ladrón, sino esa obsesiva insistencia por robar a los muertos, necrofilia persistente en la España alfonsina y franquista. Porque forzado y robado fue el secreter de Silvestre la noche misma del día (22 de julio de 1921) de su suicidio en los barrancos de Annual, y tan forzado como robado fue el secreter del general Mola, la noche del día (3 de junio de 1937) en que se conociera su fallecimiento al estrellarse su avión en las pendientes emboscadas de Alcocero (Burgos). Y este tan cansino como ofensivo robar a los muertos en España, en la realidad pericial, que algún día puede ser descubierta, demostrará que no es por robar a los difuntos, sino para proteger a los que siguen vivos mientras los demás murieron por ellos al creerles honestos y dignos. Esos robos fueron para que *los protegidos* por esas faltas, a su vez *murieran en paz*. De ahí la deducción obvia: los robos a los muertos importantes son *robos de alto encargo*. Del robo de documentos a Silvestre se conoce su autor por el suplicatorio al general Berenguer, en el que declaró el teniente coronel Tulio López Ruiz, ayudante del suicidado Silvestre. Del robo de los papeles de Mola se deducen algunos nombres, pero al no haber declarado los *inducidos*, que equivalían a imputados en varios de ellos (a tanto ascendían sus delitos, sobre

todo en hurtos de dinero público donado a *la causa*), nada concreto se sabe. López Ruiz, a quien el azar evitó compartir la muerte con su jefe y pariente en los campos de Annual al estar casado con una prima hermana de Silvestre, dijo que se «llevó esos documentos porque le comprometían a él mismo». No eran deudas de juego, porque López Ruiz no era de esos. Tampoco faltas adúlteras, porque el teniente coronel bien que amaba a su esposa. ¿De quién podían ser entonces esos documentos? Del jefe de Silvestre y del jefe de todos los jefes, fuesen militares o civiles, en la España de Annual. Del rey Alfonso XIII. En cuanto a lo sustraído a Mola, de lo cual hay constancia en su viuda y su única hija, a la que conocemos, esos papeles del padre perjudicaban a nombres con apellidos, pero puede que perjudicasen al jefe de los jefes de esos mismos nombres y apellidos. No aparecieron aquellos documentos regios, ni esos papeles generales de Mola; como nada tampoco sabemos de esa carta póstuma robada a Jordana, el militar que soñara con mundos ecuanímenes y reorganizados.

J. P. D. 30.08-03.12.2013

Agradecimientos

Unas pocas personas, pero qué hombres y qué mujeres, con sus ánimos y lealtades, me han transmitido fuerzas y voluntades para terminar este ensayo, que constituye una de las dos columnas referenciales de mis «Semblanzas» para la página web de *La Historia Trascendida*. La otra es mi ensayo biográfico sobre El Raisuni. Dos modos de hacer Protectorado y dos maneras de servir a los ideales de España y Marruecos. Esas personas

a las que tanto debo son (por orden de trato, pues en mi afecto no distingo): Julián Martínez-Simancas; Alicia Aza, Montserrat Barbé, Manuel Aragón y Eduardo Torres-Dulce. A ellos y ellas debo la conclusión de este ensayo en momentos difíciles, con mi casa convertida en un hospital de campaña. Han sido mis enfermeros/as del alma. Con eso queda dicho todo. A ellos incorporo Íñigo Gómez-Jordana, nieto del general, por sus valiosas precisiones.

Aún me falta gente importante: me refiero al capitán Agustín Pacheco, jefe de los archivistas del Archivo Militar de Madrid y al subteniente Javier Puente, que ocupa el mismo puesto en el Archivo General Militar de Segovia. Dos militares de bandera, que se merecen ascensos y, mientras éstos les llegan, aquí tienen mi admiración, aprecio y reconocimiento.

Fuentes

Bibliografía

Para completar esta biografía me he servido de la obra (incompleta) del propio general conde de Jordana, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos* (Editora Nacional, Madrid, 1976); del excelente trabajo de Hugh Thomas en *La Guerra Civil Española*, dos volúmenes correspondientes a la edición «corregida y aumentada», de Ruedo Ibérico, editada en Francia (Mayenne, 1976); de la biografía Franco, «Caudillo de España» (Grijalbo, Barcelona, 5ª edición, 1994), muy documentada obra de Paul Preston; de la doble biografía Franco-Pétain. *Los secretos de una*

alianza, de Matthieu Séguela (Editorial Prensa Ibérica, Barcelona, 1994), y del sobresaliente estudio de Jean Baptiste Duroselle, *Política Exterior de los Estados Unidos, 1913-1945* (Fondo de Cultura Económica, México, 1965). Y de una notable *Historia de España*, la que el afamado Instituto Gallach completase a finales de los años sesenta. En particular, su Tomo VI. *Época Contemporánea*, que abordara y supervisara el académico Carlos Seco Serrano, a la que considero su mejor obra y con diferencia. Asimismo, he utilizado Expedientes Personales de algunos

militares relacionados con las campañas de Marruecos, entre ellos, el del general conde de Jordana. Y apuntes míos, no publicados, de mis investigaciones en los Archivos del Ejército del Aire (en Villaviciosa de Odón), del Ejército de Tierra (en Segovia) y del Archivo Militar de Madrid, antes Servicio Histórico Militar. A la par, he revisado la prensa de la época, en especial las ediciones de ABC y *La Vanguardia Española*, durante los años de 1939 a 1944.